

Plusvalía marxista y acción empresarial: una reconsideración

El año 1883, ha quedado en la historia del pensamiento económico, como un lustro de grandes eventos. Junto al nacimiento de J. M. Keynes lloraba la desaparición de K. Marx, a la vez que en Triesch, hoy Checoslovaquia, entonces perteneciente a Austria-Hungría, veía luz por primera vez, el que sería sin lugar a dudas el mayor erudito de los economistas que ha conocido la Historia, J. A. Schumpeter.

Esta doble coincidencia en el marco temporal de la muerte de Marx y el nacimiento de Schumpeter, justifica más que de sobra el título y contenido intencional de este trabajo, que en homenaje a la memoria del primero, se ve impregnado del respeto y admiración que siempre tuvo el autor austríaco, para la persona y obra de K. Marx.

Si buena parte de la obra de J. A. Schumpeter, se editaría por la viuda y discípulos, después de la muerte de aquél (tal es el caso de «Ten great economists», o de «History of Economic Analysis»), dos volúmenes de los tres que comprenden la obra «Das Kapital» se editarían después de desaparecido Marx, por F. Engels, o cuando un cuarto de siglo después de su desaparición, Kautsky acabaría editando «Teorías sobre la plusvalía» («Teorien über den Mehrwert»); siendo estos ejemplos expresivos, aunque no exclusivos de la obra póstuma de los autores.

Hoy, a cien años de la muerte de K. Marx, y a ciento quince de la primera edición del primer volumen de «El capital», la influencia de Schumpeter en la óptica de observación marxista,

se ha dejado sentir en los economistas modernos. El sentido de respeto que hacia Marx rebosa la obra de J. A. Schumpeter, ha venido a desmoronar la tendencia polarizadora entre pro-marxistas y antimarxistas con que se clasifican los economistas desde los austríacos Boehm-Bawerk, L. v. Mises, etc., hasta épocas recientes. Este trabajo, en homenaje y memoria a K. Marx, en el centenario de su muerte, pretende, desde una visión no marxista, enjuiciar algunos aspectos de la obra marxista, con una actitud personal de respeto hacia el autor de «El capital». Las discrepancias con los principios de su obra, no tienen otro alcance que el carácter académico de aquéllas. Discrepancias que si son palpables respecto a la doctrina marxista, no son menos evidentes respecto a la obra de J. A. Schumpeter y su «empresario innovador».

El indudable interés que hoy sigue teniendo la lectura de la obra marxista, no necesita ponerse de relieve en estas páginas. Estas, en definitiva, son una buena muestra de ello.

De la lectura de la obra de Marx, emana siempre un torrente de ideas, de sugerencias, que por su cuantía, obliga a tenerse que concentrar en alguna demarcación específica, para que el espacio limitado de cualquier estudio pueda abordar con cierto rigor algún pensamiento de su amplia doctrina.

En este sentido, nos hemos inclinado por el estudio de la plusvalía, como lo hubiéramos podido hacer de la doctrina del valor, o de la reproducción, etc. Sin embargo, teniendo todas un indudable interés, la plusvalía es, en nuestro criterio el quicio sobre el que gira buena parte de la doctrina marxista. La plusvalía es, al mismo tiempo la derivada de la teoría del valor, y la razón de ser de la teoría de la reproducción marxista, que nos llevaría de la mano a la lucha de clases, como instrumento único viable de solución para un mundo conflictivo, que aún siéndolo en sus postulados, tendrá en su interior una dinámica armoniosa que conduce a un equilibrio en el propio esquema ¹.

Todo el sentido de explotación, está circundando el propio

1. Véase Jose T. RAGA, "Bases teóricas de la economía en Karl Marx": en "La filosofía del Marxismo", Edit. Dorcas, Madrid, 1980, págs. 130 y ss.

fenómeno de la plusvalía que a su vez es la que dará lugar a la aparición del concepto de ganancia. En su dimensión fatalista y apocalíptica del volumen primero de «El Capital» o en su consideración más crítica del volumen tercero, todo el engranaje de la plusvalía ocupa atención excepcional en la obra de Marx².

El capitalista, al menos en la primera parte de la obra, es una personalidad, unida íntimamente al concepto de la plusvalía. Esta no tiene sentido sin aquél, y el capitalista es un ser, desprovisto de cualquier objetivo que no sea la obtención de plusvalías, y por ende la explotación de la clase obrera. Esta permanente posibilidad de plusvalías, hace crecer más y más al capitalista que cada día tiene mejores condiciones para oprimir al obrero, gran sacrificado en esa relación de producción.

La plusvalía, aparece así, como la piedra angular, cierta o errónea, de toda una coherencia ideológica. Sin su comprensión, la teoría económica marxista sería un paquete de doctrinas sin nexo de unión, y en consecuencia sin principio y sin fin. Esta es la razón de que, renunciando a lo novedoso de los tratamientos y de la elección del tema, hayamos preferido circunscribirnos a la teoría de la plusvalía y a su consideración por y para una figura, no siempre nítida en el pensamiento marxista, como es la del empresario. Delimitación entre esas tres figuras, manejadas con mejor o peor fortuna en «El Capital», que en unos casos revisten la función de gerentes, en otros la de capitalistas en el sentido más convencional del término, y en otros la de verdaderos empresarios a caballo del innovador de Schumpeter, y del que percibe oportunidades de beneficio que arrancando de los primeros austríacos encuentra su desarrollo en la actualidad, en economistas tan caracterizados como I. M. Kirzner³.

Justificada de esta forma la elección del tema a tratar, ca-

2. Las referencias que en estas páginas se hagan a la obra de K. MARX. «El Capital», lo son a la edición del Fondo de Cultura Económica, México 1946; cuarta reimpresión, 1971.

3. Ver I. M. KIRZNER, entre otras: "Perception, opportunity, and profit". The University of Chicago Press, 1979.

bría preguntarse acerca de la actualidad del pensamiento marxista. Es cierto que la cuestión podría resultar necia, si consideramos que cualquier doctrina, en todo o en parte deja una huella en el marco social en que se produce, que se transmite por generaciones, de modo que en cualquier momento, es detectable algún principio cuya práctica obedece de forma indiscutible a la influencia de una línea de pensamiento. Sin embargo, considerando la conmoción que supuso la línea de pensamiento marxista, no es vana la pregunta de en qué medida son actuales los principios doctrinales de aquél, y en qué medida la sociedad presente puede verse denunciada o impactada por aquéllos.

Es evidente que el mundo contemplado por Marx, dista años luz del mundo económico actual; la dinámica económica, así como la aceleración de los fenómenos socioeconómicos, han llegado a perfilar un mundo que se mueve en un marco sensiblemente distinto del contemplado por K. Marx.

Esta es sin duda, la primera conclusión del lector de «El Capital». Nos atreveríamos a decir que las vivencias sobre jornada de trabajo, sobre condiciones del trabajo, trabajo de la mujer y de los menores, etc., etc. se presentan ante el observador de hoy, con unos signos de rareza superiores a aquellos que se contemplaban con casi un siglo de anterioridad por el propio A. Smith en «Investigación de la naturaleza y causa en la riqueza de las Naciones».

La razón es que K. Marx, partiendo de hechos presentes pero aislados aunque generalizados en su época, los convierte en centro de atención y estudio en su investigación. Partiendo de un método historicista, analiza la realidad más dramática y a través de un empirismo inductivista, eleva a categoría lo que no pasa de ser una realidad, en el mejor de los casos, cierta en un momento histórico al que se refiere.

Separándose claramente de los historicistas, Roscher, Hildebrand y sobre todo de Knies, convierte en leyes de las relaciones económicas, lo que son vivencias oportunas en el lugar y en el tiempo. Este derroche de dogmatismo, de que hace gala el volumen primero del capital, aparecerá moderado de forma sustancial en el volumen tercero, donde con frecuencia

se ponen en duda las hipótesis que sirvieron para la construcción de la doctrina en la primera parte. La obra aparece impregnada simultáneamente, de un positivismo fatalista que perteneciendo al mundo del «ser», trasciende el del «debe ser», con la simple adición de unas dosis de determinismo.

Así el sistema, sólo un cauce puede albergarle, para salir del mal, en aras de un «debe ser» social, no cabe más que una solución violenta ya que el determinismo del sistema, convierte a éste en su propio objetivo. Esa solución violenta, contestación a toda una historia de opresión, pasará por el test previo de unión de los oprimidos, en lucha contra la clase opresora. El hombre, la vergüenza y humillación de la clase obrera por la capitalista, no puede aconsejar otro camino eficaz. Cada peldaño en el acontecer histórico, es para Marx, un ahondar más intensamente en esa relación de esclavitud capitalista. La mecanización industrial, desde la óptica marxista, lejos de aligerar las tareas del obrero, crea nuevas relaciones de dependencia, que le incapacitan más para resolver por sí mismo, aisladamente, los problemas que le plantea su subsistencia. La actividad, así considerada va creando un grupo social con unos lazos que se presentan más y más estrechos entre dominadores y dominados, entre opresores y oprimidos.

La pregunta hoy es doble: ¿siguen siendo ciertas las hipótesis o situaciones de hecho marxistas? ¿siguen manteniéndose los parámetros de interrelación entre los grupos sociales con esa línea de dependencia acusada por el marxismo?. Y en cualquier caso, situándonos en el marco temporal del marxismo, ¿son científicamente correctas las conclusiones a las que llega la doctrina, o es su parcialidad lo que para su defensa las reviste de un dogmatismo, cuya contestación, en no pocos casos, rechaza el propio autor?.

En estas páginas, no nos vamos a fijar tanto en los hechos, que consideramos ciertos, aunque no en la dimensión valorativa presente, como en los aspectos normativos que emanan de aquéllos. Todo ello, contemplando a un empresario con apetito vehemente en la obtención de plusvalías, dispuesto a la explotación sin límite de la clase obrera y configurando así un

sistema que tiende a perpetuar y ahondar esa relación, con la depauperación progresiva de este proletariado en beneficio de la clase capitalista.

LA PLUSVALIA, UNA TEORIA BASADA EN LAS RELACIONES ECONOMICAS

Parte la teoría marxista del supuesto de que el obrero, no tiene otra cosa que ofrecer que su «fuerza de trabajo». Esta, como capacidad para desarrollar una actividad, es algo vivo, inherente a la propia naturaleza del ser. Sin embargo para que esa «fuerza de trabajo» se materialice en un trabajo real, precisa de medios de producción sobre los que actuar (materias primas, instrumentos, maquinaria, etc.), los cuales son propiedad de los capitalistas. En esencia, estos propietarios de los medios de producción están en condiciones de adquirir la fuerza de trabajo de aquéllos, cuando aquéllos, fatalmente no tendrán otra alternativa que ofrecer su fuerza de trabajo a éstos.

El capitalista, en este sentido con una clara función empresarial, planifica la producción, pone en marcha el proceso, en consecución de unos objetivos que persigue como tal capitalista; de un lado, producir una mercancía susceptible de cambio, y de otra conseguir un beneficio, en términos marxistas una plusvalía. Esto es, una ventaja entre la fuerza de trabajo comprada al obrero, y el valor de la materialización de esa fuerza de trabajo, dicho en otros términos, el trabajo en sí.

En ese actuar, el capitalista actúa como un «homo oeconomicus», como un sujeto maximizador. «El obrero trabaja bajo el *control* del capitalista, a quien su trabajo pertenece. El capitalista se cuida de vigilar que este trabajo se ejecute como es debido y que los medios de producción se empleen convenientemente, es decir, sin desperdicio de materias primas y cuidando de que los instrumentos de trabajo se traten bien, sin desgastarse más que en aquella parte en que lo exija su empleo racional»⁴. El aprovechamiento de los recursos con

4. K. MARX: "El Capital". Fondo de Cultura Económica, México, 1946. (Cuarta reimpresión, 1971), vol. I, pág. 137.

que cuenta para el proceso productivo, es norma de conducta de racionalidad económica.

Sin hacerlo patente, Marx está utilizando aquí principios de la economía de la escasez, que mucho tiempo después acabaría perfilándose por Lord Robbins⁵, si bien ya presente en los clásicos, viniendo a desviar el centro pendular marxista que incidía más en la distribución que en la propia existencia y naturaleza de los bienes.

Toda la obra de Marx, aparece impregnada de ese sentido fatalista, en virtud del cual, el obrero no tiene otra solución que vender su fuerza de trabajo al capitalista y éste, por la compra apropiarse de ella. Este autocondicionamiento de la fuerza de trabajo al capital y del capital a la fuerza de trabajo, no se acepta por la tesis marxista, ya que al considerar la débil posición del obrero frente al capitalista, se concluye en la subordinación de aquél a éste.

En nuestro criterio sin embargo, aun aceptando los hechos puestos de relieve por Marx, sería difícil aceptar su carácter paradigmático, cuando en la actualidad este desequilibrio de fuerzas se ha visto claramente modificado, de un lado por la presión de las fuerzas sindicales y sociales que dotan de mayor rigidez al mercado de trabajo, y de otro, quizás más importante, la mayor intensidad de capital que caracteriza a las instalaciones manufactureras y explotaciones en general de hoy, expectantes de una mano de obra cualificada para su operación. Es cierto que el hombre está por encima del proceso, su valor trascendente así lo asegura. Así ha sido puesto de manifiesto por los textos pontificios⁶, dándole una vertiente extraeconómica a esa participación humana, como criatura realizando y realizándose en el Plan del Creador. Más difícil de aceptar sin embargo en un plano positivista de fermento vivo del trabajo a los elementos muertos de la producción.

5. Ver L. ROBBINS: "An Essay on the nature and significance of Economic Science", primera edición, Londres, 1932.

6. Ver JUAN PABLO II: Encíclica "Laborem Exercens - El trabajo humano", Edic. Paulinas, Madrid, 1981 - especialmente págs. 17-18, 25-26, 36-37 y 66 y siguientes.

En este contexto, cabe afirmar, en una vertiente puramente económica, que el producto resultante del proceso de producción, es con todo, el punto de arribada de una simbiosis entre trabajo y medios de producción. Desprendido del sentido humanista y limitado a la fuerza de trabajo como postulado físico para una materialización productiva, resultaría difícil distinguir entre este (trabajo) y los medios que con él concurren (capital). Si el segundo es cierto que no tiene un sentido real sin el primero, no es menos cierto, que el primero, como sólo fuerza de trabajo, desprendida de todo medio físico de producción, en modo alguno supone una mejora en la dignidad de quien lo realiza.

Junto a ello, ejerciendo ese difícil equilibrio entre lo material e inmaterial, que no espiritual, del trabajo, sigue la preocupación marxista de la economicidad racional en el empleo de los medios. Para evitar cualquier otro tipo de consideración que posiblemente nos trasplantara a esferas de carácter ético, Marx precisa sustituir el módulo ético por otro más físico, más matemático, susceptible de obtenerse en un laboratorio. Este módulo va a ser el concepto de «socialmente necesario» que Marx aplicará tanto a los medios de producción como a la propia fuerza de trabajo.

Al establecer el proceso de valorización de las mercancías por los medios y trabajo incorporados, y todo ello en términos de valor trabajo, se obliga Marx a establecer esa regla de lo «socialmente necesario», para eliminar la disposición que sería de esperar, consecuencia de la diferente eficiencia en el empleo de unos a otro. En ello, sólo el tiempo socialmente necesario, es el que confiere el valor a los bienes manufacturados. «Por tanto los valores de los medios de producción, el valor del algodón y el de los husos, expresados en el precio de 12 chelines, forman parte integrante del valor del hilado, o sea, el valor del producto.

«Mas para ello han de darse dos condiciones. La primera es que el algodón y los husos sirvan real y verdaderamente para la producción de un valor de uso. En nuestro ejemplo, para la fabricación de hilado. Al valor le es indiferente en qué valor

de uso tome cuerpo, pero tiene que tomar cuerpo necesariamente en un valor de uso, sea el que fuere. La segunda condición es que solamente se invierta el tiempo de trabajo necesario bajo las condiciones sociales de producción reinantes. Así por ejemplo, si para producir 1 libra de hilado sólo se requiere 1 libra de algodón, no deberá emplearse más. Y lo mismo por lo que se refiere a los husos. Si al capitalista se le ocurriera, por un acto de su fantasía, emplear husos de oro en vez de husos de acero, cargaría con las consecuencias, pues al valor del hilado solamente cuenta el trabajo socialmente necesario, o sea, el tiempo de trabajo necesario para producir husos de acero»⁷. Y lo que en este texto es aplicable a los medios de producción, capital, lo es también en unos pasajes posteriores, al trabajo: «A lo largo del proceso de trabajo, éste se trueca constantemente de inquietud en ser, de movimiento en materialidad. Al final de una hora de trabajo, las manipulaciones del hiladero se traducen en una determinada cantidad de hilado, o, lo que es lo mismo, una determinada cantidad de trabajo, una hora de trabajo, se materializa en el algodón. Decimos hora de trabajo, o lo que tanto vale, inversión de las fuerzas vitales del hiladero durante una hora, porque aquí el trabajo del hiladero sólo interesa en cuanto inversión de fuerza de trabajo, y no como la modalidad específica de trabajo que supone el hilar.

«Ahora bien, es de una importancia extraordinaria, decisiva, el que mientras dura el proceso de transformación del algodón en hilados, este proceso no absorba más que el tiempo de trabajo socialmente necesario. Si, en condiciones normales, es decir, en las condiciones sociales medias de producción, durante una hora de trabajo a libras de algodón se convierten en b libras de hilado, sólo podrá considerarse como jornada de trabajo de 12 horas aquella que convierta $12 X a$ libras de algodón en $12 X b$ libras de hilo. Sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como fuente de valor»⁸.

7. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 140.

8. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 141.

El concepto de lo «socialmente necesario» aparece así como una media de productividad de los factores trabajo y capital, en las condiciones de desenvolvimiento ordinario del momento y en el lugar en que se produzcan. Ese trabajo socialmente necesario, atribuye el valor a la mercancía, y plantea la posibilidad de una discrepancia entre lo ocurrido en la manufactura concreta de un lado, y el molde de lo atribuible por el cauce «socialmente necesario» de otra.

De alguna manera, el valor así asignado, es en definitiva un valor aceptado consciente o inconscientemente por el mercado, y que en consecuencia permitirá rentas diferenciales, en el sentido ricardiano del término, a favor de los más eficientes usos, y pérdidas insostenibles en los casos de baja eficiencia. En el primer caso, entre ese valor individual de la mercancía y el valor social, cabrá un juego competitivo de precios, del que el capitalista pueda esperar la derivación de alguna ventaja para sí. «El valor real de una mercancía no lo indica su valor individual, sino su valor social; es decir, no se mide por el tiempo de trabajo efectivo que exige del productor en cada caso concreto, sino por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Por tanto, si el capitalista montado sobre los nuevos métodos vende su mercancía por su valor social de 1 chelín, la venderá 3 peniques por encima de su valor individual, realizando así una plusvalía extraordinaria de 3 peniques. Más, por otra parte, la jornada de trabajo de 12 horas, que antes arrojaba 12 piezas de la mercancía fabricada, arroja ahora, para él, 24. Por tanto, para dar salida al producto de una jornada de trabajo, este productor necesitaría contar con doble demanda o con un mercado doblemente mayor. Suponiendo que las demás circunstancias no varíen, sus mercancías sólo lograrán conquistar un mercado mayor a fuerza de reducir el precio. El fabricante colocado en esta situación veráse, pues, obligado a vender sus productos por encima de su valor individual, pero por debajo de su valor social, a 10 peniques la pieza por ejemplo. Esto le permitirá, a pesar de todo, sacar de cada pieza vendida una plusvalía extraordinaria de 1 penique. Y este beneficio extraordinario le favorece, aun-

que su mercancía no figure entre los medios de vida indispensables y aunque, por tanto no contribuya a determinar el valor general de la fuerza de trabajo»⁹.

De todo ello se deduce que para el sistema económico, en el que el capitalista es un agente de excepción, el índice de cuantificación de lo socialmente necesario actúa con la fortaleza que es apreciable para el nivel de precios competitivos para un sistema en el que el mercado es el protagonista de la vida económica. La dimensión individual pierde su acción protagonizadora, para ceder ante el grupo, al igual a lo que ocurre en los mercados abiertos y diáfanos. El sujeto aparece dimensionado por su relación con el núcleo, frente a la alternativa de la consideración individual. Es el grupo quien establece la norma de eficiencia productiva. Es el conjunto de obreros los que establecen el tamaño de la jornada de trabajo social, y en función de este índice se determinarán las productividades por encima y por debajo de la media, que permitirá o no, la posibilidad de plusvalías diferenciales para el capitalista.

Bien o mal, no se trata de principios éticos, el número establece el comportamiento normativo. «Lo cierto es que la jornada total de trabajo de un número relativamente grande de obreros que trabajen simultáneamente, dividida por el número de obreros empleados, representa de por sí una jornada de trabajo social medio. Supongamos, por ejemplo, que la jornada de trabajo individual es de 12 horas. Según ésto, la jornada de trabajo de 12 obreros empleados simultáneamente dará una jornada total de 144 horas. Y aunque el trabajo de cada obrero de los 12 difiera más o menos del trabajo social medio, es decir, aunque un obrero individual necesite más o menos tiempo para ejecutar la misma operación, la jornada de trabajo de cada uno de ellos tendrá la calidad social media, si se la considera como la duodécima parte de la jornada total de trabajo de 144 horas... Si un obrero invirtiese en la producción de una mercancía más tiempo del socialmente necesario; es decir, si el tiempo de trabajo necesario desde su punto de vista indivi-

9. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 254.

dual difiriese considerablemente del tiempo de trabajo socialmente necesario o tiempo de trabajo medio, su trabajo no tendría la consideración de trabajo medio, ni su fuerza de trabajo de la fuerza de trabajo media. Esta no encontraría salida en el mercado o tendría que resignarse a ser vendida por debajo del valor medio de la fuerza de trabajo»¹⁰.

Lo que se deduce de todo este tratamiento es que el proceso está activo. Todo él, aparece inmerso en un mundo dinámico afectando e influyendo en las relaciones de producción entre los distintos agentes. La dimensión socialmente necesaria de hoy, no tiene que ser coincidente con la de mañana. El sistema, así contemplado, tiene una inercia que en nada desmerece del mundo económico de los neoclásicos. Es más, esas relaciones entre los agentes de la producción están simultáneamente influyendo e influyéndose; condicionando y autocondicionándose por la fuerza del propio sistema. Basta con extrapolar las condiciones de esta relación, para aceptar que a largo plazo, las diferencias en esa dispersión, irán reduciéndose en una convergencia al equilibrio, tan fuerte como pudiera ser la del neoclasicismo. Convergencia al equilibrio que de forma inconsciente resulta indiscutible en el esquema de reproducción marxista¹¹.

Esa relación entre los medios de producción aisladamente considerados que hemos visto hasta este momento, como base del proceso de valorización de las mercancías, se extiende también al conjunto de las diferentes especies de medios de producción que intervienen en el proceso, entre sí.

Así, en el proceso de valorización, en virtud del cual los medios de producción (tanto capital constante como variable) transfieren valor a las mercancías manufacturadas, esa transferencia sólo tiene efecto, en la medida en que el tiempo que se haya empleado en la producción del valor de uso, esté dentro del ámbito cuantitativo del tiempo socialmente necesario.

10. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 260.

11. Ver José T. RAGA: "Bases teóricas de la economía en Karl Marx": en "La filosofía del Marxismo", Edit. Dorcas, Madrid, 1980, págs. 135-136.

«Son varios los factores que esto envuelve. En primer lugar, es necesario que la fuerza de trabajo funcione en condiciones normales. Si el instrumento de trabajo que impera socialmente en el ramo de hilado es la máquina de hilar, no debe ponerse al obrero a trabajar en una rueca. Asimismo ha de suministrársele algodón de calidad normal y no algodón de mala calidad, que se rompa a cada instante. En cualquiera de ambos casos, necesitaría más tiempo del socialmente necesario para producir una libra de hilo, y este tiempo superfluo no crearía dinero ni crearía valor. Sin embargo, el carácter normal de los factores materiales que intervienen en el trabajo no dependen del obrero, sino del capitalista. Otra condición que ha de ser tenida en cuenta es el carácter normal de la propia fuerza de trabajo. Es necesario que ésta, en el ramo en que se aplica, reúna el grado medio de aptitud, destreza y rapidez. Nuestro capitalista compra en el mercado fuerza de trabajo de calidad normal. Esta fuerza de trabajo debe aplicarse con el grado medio habitual de esfuerzo, poniendo el grado de intensidad socialmente acostumbrado en su inversión. El capitalista se cuida de velar celosamente porque el trabajador no disipe su tiempo»¹².

Es pues, la reunión de esta multiforme relación, la que da sentido económico al proceso de valorización. Esta afirmación, viene a confirmar el sentido de mutua dependencia de los factores o medios de producción. Tanto el equipo, como la materia prima como el trabajo, deben estar a los niveles de productividad exigidos por el margen impuesto por el concepto de lo socialmente necesario. La dinámica de sistema pues, estará exigiendo aquí junto a una línea de capacitación de la mano de obra que dote de carácter normal a esa fuerza de trabajo, un producto de capitalización que mantenga las instalaciones al nivel exigido de ordinario, y una selección de materias primas en el mismo orden de cosas.

Estas exigencias se transmitirán a los procesos de producción anteriores manteniendo un principio dinámico de gene-

12. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 146.

ración económica en los diferentes niveles productivos. Ese grado medio de idoneidad, influyendo en el sistema en su conjunto, irá arrinconando unos medios poco eficientes y descubriendo aquellos que en la medida y por encima de ella permitirán ir gozando de aquella posibilidad de plusvalías diferenciales.

Cualquier previsión, establecería la tendencia al movimiento alcista de la media en el tiempo, consecuencia ello de esa inclinación al aprovechamiento de las rentas o plusvalías diferenciales por parte del capitalista, que acabarán en definitiva eliminándose, al convertir en media lo que eran puntos dispersos sobre la misma.

Basado en estas realidades, producto de unas relaciones sociales de los medios de producción tomados en su conjunto, aparece un nuevo núcleo productor de plusvalías. Este núcleo, que se diseña como posibilidad, surge precisamente no de la convencional prolongación de la jornada real de trabajo, sino de, sin variar aquélla, aumentar la diferencia en el valor del trabajo y el de la fuerza del trabajo. Esta ampliación necesita realizarse a través del incremento en la capacidad productiva del trabajo, única fuente de valor en el análisis marxista, por medio de una mejor adecuación de los medios a los fines.

Esto, que en Schumpeter, recibirá el calificativo de premio a la innovación en el sistema productivo, y que no es otra cosa que una renta diferencial que de no mantenerse en su relación física, tiende a eliminarse en su posibilidad monetaria, en Marx se configura como una mayor fuente de plusvalía, como consecuencia de la variación de las magnitudes que intervienen en su determinación. El texto de Marx, es claro cuando en esta introducción de métodos de producción más eficientes, afirma: «Esto permite al capitalista que aplica métodos de producción perfeccionados apropiarse en forma de trabajo excedente una parte mayor de la jornada en comparación con los demás capitalistas de la misma industria. Hace individualmente lo mismo que hace en grande y en conjunto el capital en la producción de la plusvalía relativa. Pero esta plusvalía extraordinaria desaparece, tan pronto como el nuevo método de producción

se generaliza, borrándose con ello la diferencia entre el valor individual de las mercancías producidas en condiciones de mayor baratura y su valor social. La misma ley de la determinación del valor por el tiempo de trabajo, que los capitalistas dotados de métodos nuevos perciben en el hecho de poder vender sus mercancías por menos de su valor social, obliga a sus competidores, por la fuerza de la concurrencia, a implantar los nuevos métodos de producción»¹³.

No cabe duda de que estamos ante un claro caso de innovación en la introducción de medios productivos, pero a su vez, el texto muestra ese sentido dinámico del sistema marcando un período de absorción y adopción de los nuevos métodos por el resto de los capitalistas, durante el cual el innovador podrá percibir plusvalías diferentes, que terminarán cuando todos hayan adoptado aquellos procedimientos. Nosotros añadiríamos que cuando hablamos de todos, nos referimos a todos los presentes, porque es de prever que ante la nueva adopción de métodos, sucumbirá algún capitalista, y el término de esa oportunidad adicional de plusvalías, no pasa de ser en el marco económico, el momento de la situación de equilibrio a largo plazo, en un mercado sin interferencias.

La variable dinámica que Marx no introduce en el sistema, es la correspondiente a la jornada real de trabajo, que considerado en sus términos, aparece como un factor exógeno. Sin embargo, es evidente que las relaciones entre los distintos medios de producción, aun asumiendo la propiedad de los mismos por el capitalista, es de esperar un cambio en las condiciones de reparto de poderes en el sistema. En ese proceso gradual de mayor eficiencia, en virtud del cual, es de esperar una mayor fuente de plusvalía (manteniendo constante la jornada real de trabajo), la unidad de trabajo, en consecuencia, lo que está detrás de esta materialidad, es decir, la fuerza de trabajo, va adquiriendo una entidad cada vez mayor en cuanto que cada vez está desarrollando el proceso con una actividad más grande en el capital constante. Ello hace que la función de agente

13. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 256.

motor del capital que desempeña el trabajo, sobredimensiona éste ante la incapacidad del capital para su sustitución.

Esa nueva imagen de los procesos más intensivos del capital, genera una relación capital/trabajo distinta a la que se producía en los de menor intensidad. La mayor especialización y capacitación, raciona el ejército industrial de reserva, disminuyendo en consecuencia las posibilidades de presión capitalista sobre los obreros de aquellos procesos. De este nuevo estado de poderes, es de esperar en la dinámica del sistema un cambio de condiciones, entre las que variaría la longitud admisible de la jornada de trabajo y sin duda también la cuantía de valor de la fuerza de trabajo. Todo ello naturalmente producto de esas relaciones desarrolladas entre los agentes productivos, confluyentes en la determinación social de aquellos conceptos sobre los que se hará la determinación cuantitativa de la plusvalía que veremos más adelante.

Cuando la intensidad de capital se hace más acusada, podemos pues considerar la relación capital/trabajo de signo opuesto al que se produce en los procesos intensivos de trabajo. No tanto al trabajo absorbiendo capital, como al capital absorbiendo trabajo, en la cual, el tiempo juega claramente en contra de un capital que, de productivo, puede tornarse en estéril, por carencia de la mano de obra adecuada y eficiente. Son palabras del propio Marx: «El capital constante, es decir, los medios de producción, no tienen, considerados desde el punto de vista del proceso de incrementación del capital, más finalidad que absorber trabajo, absorbiendo con cada gota de trabajo una cantidad proporcional de trabajo excedente. Mientras están inmóviles, su simple existencia implica una pérdida negativa para el capitalista, ya que durante el tiempo que permanecen inactivos representan un desembolso ocioso de este capital, y esta pérdida se convierte en positiva tan pronto como su paralización exige desembolsos adicionales para reanudar el trabajo»¹⁴.

Conocida la relación nueva, y consciente de ella la fuerza

14. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 200.

de trabajo, basta una actitud oclusiva, para que la situación produzca sus efectos. El proceso de producción, pierde su carácter económico, y las expectativas capitalistas de plusvalías, pueden quedar reducidas a pérdidas y desaparición de la propia entidad productiva.

Ejemplos constantes en la historia de los hechos económicos, confirman el grado de aceptabilidad de esta tesis. Las relaciones que se producen a diario entre los medios de producción, poseen una dinámica interna que está permanentemente configurando situaciones que tienen su resultado en los hechos económicos, que a su vez marcan su impacto en las nuevas relaciones de los agentes.

Cada momento influye en la determinación de lo socialmente necesario en esa colectividad, delimitada geográfica y temporalmente. Pero esa determinación ha venido condicionada por los hechos que le precedieron y que moldearon a través de las relaciones de los agentes económicos y sociales, unas categorías capaces de definir lo exigible en el momento presente. Y a su vez, esa categoría vivida en el presente, está influyendo en las conductas sociales, para acabar perfilando nuevas exigencias para los momentos venideros.

Desde este prisma, la dinámica económica no está exenta de todas aquellas relaciones entre los medios de producción (tesis marxista), sino más bien aparece condicionada y condicionando por aquellas y a aquellas relaciones. Abierto el proceso dinámico, no cabe establecer el punto de no retorno. Todo él, está en movimiento, y de este movimiento se derivan condiciones cambiantes, que de hecho no percisan el movimiento violento propugnado por Marx. Desplazamientos relativos de poder, conciencia de presión de estos poderes, hacen brotar actitudes sociales de carácter colusivo que con más o menos perfección en una organización consiguen los efectos que inicialmente pretendían.

Baste contemplar en este sentido, la evolución histórica a lo largo de un siglo en el campo de las relaciones de producción, para concluir en la realidad de esta continua adaptabilidad del sistema a las nuevas situaciones que se le presentan

como vivencias; en donde las limitaciones de poderes son regla más generalizada que las violencias tendentes a eliminar aquellos.

LA PLUSVALIA: UNA VISION CUANTITATIVA

No quisiéramos, que este mundo de relaciones que hemos trazado hasta este momento, pudiera derivar la atención del aspecto cuantitativo de la plusvalía. En definitiva las magnitudes económicas, adquieren pleno sentido, cuando son susceptibles de medición y en consecuencia cuando no dejamos relegados los hechos a un puro análisis cualitativo.

La plusvalía, tiene un tamaño, y es función de unos parámetros a los que está ligada. Si bien naturalmente, detrás de esa dependencia funcional entre variables, se encuentra todo ese cúmulo, todavía no exhaustivo, de relaciones entre los diferentes medios de producción que hemos tratado de analizar en el punto precedente.

Nuestro planteamiento ahora no es tanto por qué se origina la plusvalía, como de qué forma aparece y de qué depende su cuantía.

Cuando A. Smith, perfiló el funcionamiento del sistema económico, encontró un móvil común para todos los agentes económicos. Tanto consumidores como productores, sujetos de la unidad de consumo y decisores en la unidad de producción, actuaban en pretensión de un máximo beneficio. Conducta maximizadora que en unos casos supondría encontrar la máxima satisfacción de unas unidades de rentas disponibles, y que en otros supondría la obtención de unos precios para los productos por encima de los costes productivos. En esta conducta, cada sujeto, consiguiendo lo mejor para sí, de forma inconsciente, consigue también lo mejor para la colectividad. Maximización y equilibrio que ganaría el calificativo de egoísmo, pero que no suele ser ajeno a cualquier objetivo de carácter crecentista.

Entre la maximización de la economía de consumo y la de producción, existen diferencias notables. La primera parece

cargada de criterios subjetivos en el obrar, en el quehacer; la segunda por contra, de carácter mucho más positivista, se desprende de criterios personales en el preferir o preterir, para acogerse al objetivo puro del beneficio, sin excesiva consideración a la fuente de su procedencia (siempre moviéndose en áreas de licitud).

Este beneficio, este remanente resultante del ciclo productivo, es lo que Marx pone también de relieve en su obra, como objetivo del capitalista. «El capitalista no produce la mercancía misma en gracia al valor de uso que encierra ni con vistas a su consumo personal. El producto que en realidad interesa al capitalista no es el producto material de por sí, sino el remanente de valor que deja el producto después de cubrir el valor del capital consumido en él. El capitalista desembolsa el capital total sin preocuparse del distinto papel que sus diversas partes integrantes desempeñan en la producción de plusvalía. Desempeña por igual todas estas partes integrantes, no sólo para reproducir el capital desembolsado, sino para producir un remanente de valor sobre ese capital»¹⁵. Ese remanente de valor, que espera del producto después de cubrir el valor del capital consumido en él, es lo que efectivamente mueve al capitalista a desarrollar la acción económica de la producción.

No olvidemos que cuando Marx habla de capital, en este caso, está comprendiendo tanto el capital constante (instalaciones, materias primas, etc.) como el capital variable (fuerza de trabajo). Ese remanente, que para el capitalista (empresario) no pasa de ser el objetivo de su producción, pero desconectada de cualquier relación de carácter social, es el que en la óptica marxista, va a suministrar las bases para la identificación de la plusvalía.

En el artesanado marxista, sólo el trabajo, la materialización de la fuerza de trabajo, es susceptible de transmitir un valor superior al que por naturaleza posee. El resto de los ingredientes del proceso de producción, se limitan, en el mejor

15. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 57.

de los casos, a transmitir el valor que les es propio, sin capacidad para generar valores adicionales.

Este es un punto clave de distinción entre las dos ópticas en el sistema. Desde el análisis liberal o neoliberal, en el sentido más amplio del término, el proceso productivo es la amalgama de ingredientes en un crisol único, del cual se obtiene como resultante la producción. Cualitativa y cuantitativamente distintos, todos ellos confluyen sin distinción, jugando el papel convenido en el desarrollo de la producción. En estas condiciones, el remanente, se deriva del proceso productivo tomado en su conjunto, con difícil, si no arbitraria imputación de los resultados a las partes diferenciadas que lo produjeron.

En el análisis marxista, la diferenciación es clara. De un lado fuerza de trabajo y de otro todo lo demás. Lo último se limita a comparecer en el proceso como ingrediente pasivo; la fuerza de trabajo, participa como elemento activo, valorizando la mercancía en cuantía que no se ve limitada por su propio valor, sino en cuantía superior, producto ello de la propia naturaleza específica de dicho medio productivo.

Rechazando pues que la valoración que a través del proceso transmite el capital constante (maquinaria, instalaciones, etc.) al producto, puede de hecho ser superior al valor que él tiene, todo remanente que pueda aparecer en la producción, sólo puede atribuirse, en el contexto del análisis marxista, a la fuerza de trabajo. Este remanente, será siempre la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor del trabajo, como materialización de aquella fuerza. Todo ello expresado naturalmente, en términos de valor trabajo (recordemos que Marx, siguiendo la trayectoria iniciada por David Ricardo, aunque más radical que aquél, considera el trabajo, como única fuente de valor de los bienes) ¹⁶.

Contemplado así el problema, la jornada productiva (por

16. Ver D. RICARDO: "On the Principles of Political Economy and Taxation"; en "The Works and Correspondence of David Ricardo", Edic. preparada por Piero Sraffa, Cambridge University Press, Londres, 1950.

Hay una edición en castellano, bajo el título "Principios de Economía Política y Tributación", Fondo de Cultura Económica, México, 1959; reimpresso en 1973.

no emplear el término, jornada de trabajo), tiene un carácter diferenciado, según se trate de capital constante o de capital variable. En el primer caso, cuando de equipo capital se trata, la producción se desarrolla de espaldas por completo al estado de participación y propia naturaleza de aquellos elementos productivos. En el segundo, cuando se contempla la fuerza del trabajo, se está produciendo una constante valoración del producto, por transmisión de aquél, que no se diferencia del anterior, sino a partir del momento en que queda cubierto el propio valor de la fuerza de trabajo. Hasta ese momento, capital constante y capital variable, han transmitido simplemente el valor que poseían, no distinguiendo cuantitativamente sus posibilidades.

Es a partir de ese momento, cuando el capital variable comienza a diferenciarse del constante, permaneciendo este último inerte, frente al dinamismo de transmisión de valor, propio del variable. Desde aquí, el capital variable, consigue transmitir valor a las mercancías, que para el capitalista es un valor gratuito; pues se supone que el capitalista compra el valor de la fuerza de trabajo. A partir de la cobertura de ese valor, el capitalista sigue obteniendo valores adicionales, plusvalías no pagadas, para nutrir sus ansias de remanentes, que se habían puesto de manifiesto.

Vemos, pues, que la obtención de plusvalías se encuentra delimitada por el valor de la fuerza de trabajo, de un lado, y por el valor del trabajo, de otro, o lo que es lo mismo, entre el valor de la fuerza de trabajo y la jornada real de trabajo.

En «El Capital», uno de los conceptos más claros del valor de la fuerza de trabajo es aquél que viene determinado «Por el valor de los medios de vida consuetudinariamente necesarios para el sustento del obrero medio. Aunque su forma puede variar, la masa de estos medios de vida debe considerarse, dentro de una época y de una sociedad determinadas, como un factor dado, y por tanto como una magnitud constante. Lo que cambia es el valor de la masa»¹⁷. Al calificarlos como medios

17. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 434.

de vida «consuetudinariamente» necesarios, está Marx, abriendo una brecha dinámica a la dimensión cuantitativa del concepto. Si aceptamos como bueno que no vivimos en un mundo de fábulas, ni entre comunidades de seres perfectos, llegaremos fácilmente a la conclusión de que las apetencias de los sujetos, engendran necesidades de carácter ilimitado, frenadas o insatisfechas por la escasez o limitación de los bienes económicos.

Es evidente que a medida que se vayan cubriendo estas necesidades, la dinámica del consumo, va elaborando nuevas necesidades a partir de los hábitos creados por las ya satisfechas. Así, este elemento consuetudinario, está actualizando permanentemente el concepto necesidad. Actualización, que se hace más acusada todavía, cuando pensamos en núcleos sociales determinados, coexistentes en el tiempo, y cuyo espíritu de imitación marca una influencia en las costumbres, conducente también a actualizarlas en función de criterios que resulten más atractivos.

La propia situación personal del obrero, en el sentido colectivo de grupo social, influye en la determinación de ese valor de la fuerza de trabajo. Si contemplamos períodos históricos donde el trabajo se realiza exclusivamente por varones adultos, el valor de la fuerza de trabajo será aquel número de horas de trabajo, necesario para el sostenimiento del trabajador y de los seres a su cargo, con grandes desigualdades entre los sujetos o grupos sociales, según el número de personas a su cargo. Si por contra contemplamos como un hecho, el trabajo de las mujeres y de los niños, el valor de la fuerza del trabajo, en condiciones «*coeteris paribus*», disminuirá, aumentando en este caso y reduciéndose en el anterior, la posibilidad de obtención de plusvalías por parte del capitalista.

Esta disminución o aumento del valor de la fuerza de trabajo, consecuencia de circunstancias personales de los trabajadores, puede también producirse, por un cambio de valor de los bienes que entran a formar parte del esquema de subsistencia, en su carácter de necesidad consuetudinaria. Un cambio de valor sólo puede deberse a un cambio en la eficiencia productiva de aquellos bienes, o de los bienes utilizados para

la producción de los mismos. «Para que disminuya el valor de la fuerza de trabajo, el aumento de la capacidad productiva de éste tiene que afectar a ramas industriales cuyos productos determinen aquel valor y que, por tanto, figuren entre los medios de vida habituales o puedan suplirlos. Pero el valor de una mercancía no depende solamente de la cantidad de trabajo que le imprime la forma con que se lanza al mercado, sino que depende también de la masa de trabajo contenida en sus medios de producción. Así, por ejemplo, el valor de una bota no depende solamente del trabajo del zapatero, sino también del valor del cuero, del hilo, de la pez, etc. El aumento de la capacidad productiva y el correspondiente abaratamiento de las mercancías en aquellas industrias que suministran los elementos materiales del capital constante, los instrumentos de trabajo y los materiales para la elaboración de los medios de vida necesarios, contribuyen, por tanto, a hacer bajar el valor de la fuerza de trabajo. En cambio, si se da en ramas de producción que no suministran medios de vida necesarios ni medios de producción para fabricarlos, el aumento de la capacidad productiva deja intacto aquel valor»¹⁸.

En nuestro criterio, las salvedades hechas en el texto, las consideramos de poca efectividad, y desde luego sin alcance general, ya que dado un esquema de interdependencia económica entre sectores y actividades, la modificación de uno de ellos, altera por completo la posición de los otros. Así una alteración valorativa de un bien remoto puede tener un efecto traducido o inducido en el bien de subsistencia.

La fuerza de trabajo, pues, representa con las condiciones que hemos mencionado, y con una brecha abierta a la permanente actualización de necesidades por un intento de mejora insaciable. Sin remontarnos en exceso, hemos podido contemplar el camino de la mínima subsistencia, al despilfarro, a la ostentación y a la cotización del ocio.

Junto a la configuración del valor de la fuerza de trabajo

18. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 253.

en estos términos, para la obtención de plusvalías, se requiere algo que para Marx es consustancial al sistema capitalista; que el valor del trabajo, o sea la jornada de trabajo, sea cuantitativamente mayor que el valor de la fuerza de trabajo. En el análisis marxista, no hay duda de esta desigualdad; sin embargo, pueden darse condiciones, que al menos, pondrían en duda tal afirmación.

En el planteamiento marxista, la jornada total de trabajo, cualquiera que fuese, presenta dos componentes claramente diferenciados. De un lado, el número de horas necesarias para reponer al obrero en condiciones de poder trabajar; esto es, la reposición del valor de la fuerza de trabajo. De otro, el número de horas en exceso que van desde aquellas necesarias para la reposición, hasta las horas totales de la jornada de trabajo. Este exceso en la plusvalía, y la razón entre el exceso y el valor de la fuerza de trabajo, es la que Marx llama cuota de plusvalía.

La seguridad de este exceso, en el análisis marxista, está fuera de dudas. «Pero, aun no siendo una magnitud fija, sino variable, es lo cierto que la jornada de trabajo sólo puede oscilar dentro de ciertos límites. Nos encontramos, sin embargo, con que su límite mínimo es indeterminable. Claro está que reduciendo a O... el trabajo excedente, obtenemos un límite mínimo, a saber: la parte del día que el obrero tiene forzosamente que trabajar para vivir. Pero, dentro del régimen capitalista de producción, el trabajo necesario forma siempre, quiérase o no, una parte de la jornada de trabajo, que jamás se reduce a este minimum. En cambio, la jornada de trabajo tropieza con un límite máximo, del cual no puede pasar»¹⁹. La contundencia dogmática, carente de toda evidencia empírica, acusaría a Marx, como ya lo hicieron con los clásicos, de haber elaborado una teoría económica, sin contemplar la realidad presente, y mucho menos, prever situaciones a medio y largo plazo. La afirmación de «jamás se reduce, ni puede reducirse»,

19. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 178.

choca con los planteamientos económicos del mundo real, que nos están ofreciendo situaciones muy distantes de aquella visión especulativa.

De ello podría deducirse que el capitalista (empresario), decide, pues es quien tiene a su alcance la decisión, cuál debe ser la jornada, longitud e intensidad de la misma. A parte de otro tipo de consideraciones, que se harían patentes en el mercado y que ya habían sido puestas de manifiesto por Jean B. Say en 1803 en su «*Traité d'Economie Politique*», es evidente que esta decisión se produce en un marco social y temporal determinados. Es de esperar, pues, frenos a esa capacidad decisoria, impuestos por los usos de la comunidad sobre la que se opera.

Sin embargo, Marx, dirá: «¿Qué es una jornada de trabajo?. ¿Durante cuánto tiempo puede lícitamente el capital consumir la fuerza de trabajo cuyo valor diario paga?. ¿Hasta qué punto puede prolongarse la jornada de trabajo más allá del tiempo necesario para reproducir la propia fuerza de trabajo?. Ya hemos visto cómo responde el capital a estas preguntas: según él, jornada de trabajo abarca las 24 horas del día, descontando únicamente las pocas horas de descanso, sin las cuales la fuerza de trabajo se negaría en absoluto a funcionar. Nos encontramos, en primer lugar, con la verdad, harto fácil de comprender, de que el obrero no es, desde que nace hasta que muere, más que fuerza de trabajo; por tanto, todo su tiempo disponible es, por obra de la naturaleza y por obra del derecho, tiempo de trabajo y pertenece, como es lógico, al capital para su incrementación... Tiempo para formarse una cultura humana, para perfeccionarse espiritualmente, para cumplir las funciones sociales del hombre, para el trato social, para el libre juego de las fuerzas físicas y espirituales de la vida humana, incluso para santificar el domingo —aun en la tierra de los santuarios, adoradores del precepto dominical—: ¡todo una pura pamema!. En su impulso ciego y desmedido, en su hambre canina devoradora de trabajo excedente, el capital no sólo derriba las barreras morales, sino que derriba también las barreras puramente físicas de la jornada de trabajo. Usurpa al obre-

ro el tiempo de que necesita su cuerpo para crecer, desarrollarse y conservarse sano»²⁰. Lo desmedido del texto, aun trasladándolo al marco temporal en que se produce, no precisa comentario.

Es evidente que la prolongación de la jornada de trabajo permite la generación de plusvalías, de las que se aprovecha el capitalista. Pero también es cierto que el mínimo esfuerzo puede ser un excelente atractivo para el obrero, y todos somos conscientes que hay frenos tanto morales como sociales, que impiden su ejercicio. De poner de relieve una tendencia, es científicamente indispensable exponer las variables que puedan modificar aquella; otra cosa implica producir sesgos en la realidad que no aportan más que confusión.

Con todo ello, con los condicionantes de carácter ético, cívico y social e incluso económicos, el capitalista concluye que la plusvalía o un incremento de la misma, exige o bien una prolongación de la jornada de trabajo, o bien una reducción del valor de la fuerza de trabajo, como consecuencia de una adscripción al trabajo de una población que con anterioridad tenía el carácter de dependiente.

Todo ello circunscrito naturalmente a los efectos derivados del capital variable de la producción, es decir, a los efectos producidos por la fuerza de trabajo y su materialización en valor de trabajo incorporado a los bienes o mercancías producidas, ya que el capital constante, por su propia naturaleza, es incapaz de transferir más valor del que en sí tiene.

Sin embargo ese capital constante, está presente en la producción y su análisis recibe en «El Capital» un tratamiento, metodológicamente diferenciado del que tuvo el capital variable.

De un lado, el capital constante, aparece tratado en un tono positivista, desprovisto de todo criterio en que pudiera influir el capitalista. Diríamos que el capital constante vive junto al capital variable, pero de espaldas a él. Aquellas motivaciones e intencionalidad del capitalista respecto al capital

20. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 207.

variable, no se ponen de relieve cuando se trata del capital constante. En algunos pasajes se establece la no diferenciación del capitalista respecto a los dos tipos de capital, sin que ello sirva para la construcción de una teoría coherente en este sentido.

El capital constante, se dirá, no cambia de valor en el proceso de producción, concediendo una valorización diferente a las mercancías en el mismo. Sin embargo, el capital constante, tiene que estar en continua revisión, para que el capital variable sea capaz de transmitir su valor en el proceso de valorización. El porqué de la decisión de invertir en capital constante cuando el valor diferencial proviene del variable, es algo que no queda claro en el análisis marxista. Si el objetivo es incrementar la eficiencia productiva, reduciendo el valor de la fuerza de trabajo, este se verá acompañado de un desplazamiento de fuerza de trabajo con la consiguiente privación de plusvalías, con lo cual la decisión se tornaría en contra del decisor.

No cabe tampoco limitarse a afirmar, que el capitalista, se ve obligado a ello, como consecuencia de ser condición normal de la producción, capacitándole por tanto, para estar en el mercado. La aceptación de este hecho, supondría aceptar también la irracionalidad de la decisión por parte del capitalista. Esas condiciones ordinarias de la producción, presupuesto esencial para estar en el mercado a la vez que percibir plusvalías, se fijan como consecuencia de decisiones inversoras del capitalista, el cual, en el artesonado marxista, no pretende otra cosa que la percepción de plusvalías. Resulta contradictorio con este principio, que el capitalista sacrifique recursos en capital constante, desplazando fuerza de trabajo, cuando de un lado, ésta es la única fuente de plusvalía, y de otro, lo que podría tener como premio a la innovación, se verá pronto eliminado, porque los otros capitalistas seguirán sus pasos, creando hábitos que moldearán las exigencias, trastornando la relación entre valor de la fuerza de trabajo y valor del trabajo.

Admite Marx, sin embargo, ciertos cambios valorativos en el capital constante, y ello no como consecuencia de un proceso valorativo previo, sino como un resultado puro de mer-

cado, cual es la escasez relativa de las mercancías (materias primas). «El concepto del capital constante no excluye, ni mucho menos, la posibilidad de una revolución en el valor de los elementos que lo integran. Supongamos que la libra de algodón cuesta hoy 6 peniques y que mañana, a consecuencia de la mala cosecha, sube hasta un chelín. El algodón viejo que continúa elaborándose añade al producto un valor de un chelín, a pesar de haberse comprado a razón de 6 peniques. Y lo mismo ocurre con el algodón ya elaborado, que puede incluso circular en el mercado convertido en hilo: añade también al producto el doble de su primitivo valor. Vemos, sin embargo, que estas alteraciones de valor son independientes de la valorización del algodón en el mismo proceso del hilado»²¹.

Con una interpretación muy benévola, podría pensarse en el ejemplo de «El Capital» que el mayor valor de los productos como resultado de la mala cosecha, viene determinado por la incidencia del trabajo realizado, con un menor producto resultante. Lo cual podría mantenerse, siempre y sólo cuando la demanda para valorización, así como la demanda final, se mantuviese en los niveles primitivos, lo cual ya vimos en los propios textos de «El Capital», no era fácilmente comprensible.

Pero con independencia de ello, lo que se escapa completamente al análisis, es esa transmisión de valor que se produce hacia las mercancías almacenadas y que no se han visto afectadas por la mala cosecha. Es evidente que estamos en este caso aceptando un valor de mercado, con independencia del valor del producto, y ello como consecuencia de que la demanda sigue permitiendo que así opere.

Al igual que en este caso se produce una mayor valorización del producto, consecuencia de una escasez, se contempla también en el análisis marxista, la transmisión de valor de las mercancías y utensilios (capital constante) desperdiciados durante el proceso, hacia los bienes producidos. No escapa al análisis, que de las materias primas, etc., que se utilizan en el proceso de producción, se hace una absorción generalmen-

21. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 158.

te parcial, por el mismo. El resto, en forma de desperdicio parece que se pierde en el curso productivo, pues de hecho esta pérdida no es tal, ya que la misma está incrementando el valor de lo incorporado en la cuantía de lo perdido. Ello, naturalmente, si el volumen de lo perdido está dentro de los límites ordinarios de la producción.

Límites ordinarios de la producción, que nos marcan en todo caso el nivel de la línea de competencia que nos capacita para acudir al mercado. Pero determinación de nivel ordinario que se precisa en el análisis marxista, al no aceptar de lleno, la asignación del valor de las mercancías por el precio, resultado de una concurrencia entre oferentes y demandantes, en funciones de oferta y demanda, que reflejan las diversas pretensiones de unos y otros.

Esa transmisión de valor de capital constante y su valoración, referido a las materias primas, se mantiene con ciertos matices en el caso del capital constante maquinaria. En principio, bastaría decir que la maquinaria interviene en el proceso de valorización de los bienes, en función de su propio valor, no pudiendo otorgar más valor del que tiene, ni transmitirle con mayor rapidez que la que opera. Hubiera bastado también con decir, que el valor residual de la máquina inservible, se reparte como lo hacía el desperdicio de la materia prima, sobre las horas de funcionamiento de la misma, sin embargo, la dificultad contable y el necesario efecto retroactivo de este principio, lleva al análisis marxista a ser más sutil, en el tratamiento de la transmisión de valor de la maquinaria en el proceso de valorización de los bienes.

Para Marx, «El desgaste material de toda máquina es doble. Uno proviene del uso, como en el caso de las monedas, que se desgastan al circular de mano en mano; otro procede de su inacción, como la espada inactiva, que se oxida en la vaina. Este segundo desgaste responde a la acción corrosiva de los elementos. El primero está más o menos en razón directa con el uso de las máquinas; el segundo, hasta cierto punto, opera en razón inversa.

«Pero, además del desgaste material, toda máquina se halla sujeta a lo que podemos llamar desgaste moral. Las máquinas pierden en valor de cambio en la medida en que pueden reproducirse máquinas de la misma construcción a un precio más barato o construirse otras mejores que les hagan la competencia. Tanto en uno como en otro caso, el valor de una máquina, por nueva y fuerte que sea todavía, no se determina ya por el tiempo de trabajo efectivamente materializado en ella, sino por el tiempo de trabajo necesario para reproducirla o para reproducir otra máquina mejor. Es decir, que la máquina queda más o menos depreciada. Cuanto más corto sea el período durante el cual se reproduzca su valor total, menor será el riesgo de desgaste moral, y cuanto más larga sea la jornada de trabajo, más corto será aquél período»²².

Distingue el autor claramente entre la depreciación de la máquina por el uso, de la misma depreciación por el transcurso del tiempo aun estando parada. Calificando a ambos conceptos de desgaste material, los distingue del que califica de desgaste moral, que hoy conocemos como «obsolescencia».

Esta triple diferenciación, conduce en cualquier caso, a un mismo objetivo. Conocer cuál es la cuantía de atribución o transmisión valorativa de la máquina a los bienes, en el proceso de producción. Todo está en torno al hecho de que bien sea por vejez material, bien por inadecuación al proceso, la maquinaria, como parte del capital constante, tiene que verse sustituida en un período determinado, que será tanto más corto, cuanto mayor sea el índice de utilización de la misma y/o mayor sea el ritmo de aceleración de las innovaciones tecnológicas en la producción a la que esté destinada.

La fracción de valor no transmitido hasta ese momento, tendrá, en cualquier caso, que revertir sobre el producto valorizado, ya que en el pensamiento marxista, no cabe diferencia de valor en el capital constante, entre el que posee y el que transmite a los bienes en cuya producción interviene.

22. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 332.

DE LA PLUSVALIA A LA GANANCIA

De lo dicho, resulta evidente que la nota de plusvalía, y por ende la plusvalía absoluta, depende fundamentalmente del grado de explotación posible de la fuerza del trabajo. Explotación, que en la teoría marxista, venía a cumplirse bien por una prolongación de la jornada de trabajo, con lo cual aumentaba la relación trabajo excedente/trabajo necesario, bien por una reducción del valor de la fuerza de trabajo, lo que suponía una reducción del trabajo necesario. Ello, con los diferentes matices que hemos venido dando a lo largo del trabajo, constituye la fuente posible de producción de remanente, en favor del capitalista.

Esa plusvalía nutre al capitalista en una doble vertiente. De ella, el capitalista tiene que atender a sus necesidades, por lo cual una parcela de la misma fluirá en un concepto dinámico hacia el consumo de bienes y servicios. El remanente de la parte destinada al consumo tendrá su fin en la inversión en concepto de capital, formando parte de nuevo del esquema de reproducción, y siendo por tanto origen de nuevas oportunidades para la obtención de nuevas plusvalías.

La dicotomía se presenta en estos términos ante el capitalista. Por un lado, hemos configurado su personalidad, como la del ser con apetencia de explotación, en consecuencia, el sujeto enfocado a la absorción de plusvalores. Por contra, el simple hecho de la acumulación, no tendría sentido, en términos generales si la misma no tuviera como fin, un mayor volumen de satisfacciones, tanto materiales como espirituales.

Cualquier preferencia por la acumulación, entrafña de momento, un sacrificio presente, que puede aceptarse en la medida en que se vea compensado por una mayor satisfacción futura. En sentido contrario, un uso actual del remanente, cotizando un disfrute presente, contradice abiertamente la figura del capitalista, tal como la hemos perfilado, como sujeto enfocado a la obtención de plusvalías.

Para el capitalista, en nuestro criterio, las cosas son relativamente más simples. El capitalista no hace diferenciaciones

sutiles que a nada le conducen. El capitalista se enfrenta ante un proceso de producción, en el que intervienen unos medios por los que paga un precio, y de cuyo resultado obtiene unos productos, de los que en el mercado obtendrá unos ingresos. La diferencia entre esas dos magnitudes, es lo que reviste el carácter de beneficio, y la consecución de éste, es la razón de ser de su actividad.

Ese beneficio o ganancia, tiene su único origen en la propia plusvalía, siendo la cuantía de ésta la que determine el volumen de la obra. En el propio texto marxista, comienza a diferenciarse el costo de producción de la plusvalía. El primero englobando los conceptos de capital constante y capital variable; la segunda para comprender la parte no pagada por el capitalista, que con carácter de gratuidad fluye en forma de remanente hacia la economía del capitalista. «Claro está que una cosa es lo que la mercancía cuesta al capitalista y otra lo que cuesta el producir la mercancía. La parte del valor de la mercancía formada por la plusvalía no le cuesta nada al capitalista, precisamente porque es al obrero a quien cuesta trabajo no retribuido. Sin embargo, como dentro de la producción, pasa a ser por sí mismo un ingrediente del capital productivo en funciones y perteneciente al capitalista y éste, por tanto, el verdadero productor de mercancías, es natural que se considere como el precio de costo de la mercancía lo que para él es el precio de costo. Llamando al precio de costo pc , la fórmula $M=c+v+p$ se convertirá así en la fórmula $M=pc+p$, o lo que es lo mismo, el valor de la mercancía = al precio de costo + la plusvalía»²³.

Valor de la mercancía pues que se compone de un coste de producción, integrado por el valor del capital constante y del capital variable que como tal ha satisfecho el capitalista, más un beneficio (plusvalía), formado por un trabajo, como materialización de una fuerza de trabajo excedente (por encima del trabajo necesario), que ha obtenido gratuitamente el capi-

23. K. MARX: Op. Cit., Vol. III. pág. 46.

talista como resultado de la explotación del obrero, y por la que, no habiendo satisfecho contraprestación alguna, no puede formar parte del concepto de coste de producción, o precio de costo en la terminología marxista.

Plusvalía que, haciendo gala de una clara desconexión de la realidad económica afirma Marx, será siempre positiva dentro del sistema de producción capitalista. «Hemos visto que el precio de costo de la mercancía es menor que su valor. Como $M=pc+p$, resulta que $pc=M-p$. La fórmula $M=pc+p$ se reducirá a esta otra más simple: $M=pc$, es decir, valor de la mercancía = precio de costo de la mercancía, si $p=0$, caso que jamás se da dentro de la producción capitalista, aunque en circunstancias especiales de coyuntura del mercado el precio de venta de las mercancías pueda descender hasta el nivel de su precio de costo e incluso por debajo de él»²⁴.

En nuestro criterio, es precisamente dentro del sistema de producción capitalista donde no se puede asegurar tal principio. Lo que Marx llama «circunstancias especiales de coyuntura de mercado», es la regla general de funcionamiento del mercado en libre competencia. Es precisamente en este sistema, donde el capitalista se encuentra entre dos mercados, con su propia dinámica, sobre los que no ejerce, ni puede ejercer, control alguno. De una parte, el mercado de los factores, en el que es comprador, y de otra el mercado de bienes, en el que es vendedor. Serían precisamente los sistemas de planificación central, los que teniendo en sus manos todos los instrumentos necesarios de control podrían perpetuar esa desconexión entre costes y precios que Marx atribuye al sistema capitalista.

La evidencia así lo muestra, cuando en estos sistemas, no se plantea conflicto alguno en su planificación, para determinar que parte de las rentas generadas se distribuye entre los agentes económicos y que parte se destina a acumulación para generación de nuevas rentas. Pero es el control, que no puede ejercer el capitalista aisladamente considerado, el que permite

24. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 53

una situación semejante. Sin control, la posibilidad de explotación no pasa de ser transitoria, cuando contrariamente la hipótesis de una plusvalía o ganancia igual a cero se convierte en la regla general del funcionamiento del mercado.

De todas formas, para el capitalista, el fenómeno de la producción y del mercado, se presenta bajo unos parámetros ligeramente diferentes. Como decimos, él, no está demasiado empeñado en la distinción entre capital constante y capital variable, como tampoco entre trabajo necesario y trabajo excedente. La distinción que importa al capitalista, es la de recursos invertidos en el proceso y recursos obtenidos del proceso productivo.

El propio Marx, reconoce este hecho, así como el especial espíritu de mixtificación que por lo general entrañan sus distinciones. Son sus propias palabras: «lo cierto es que la plusvalía brota simultáneamente de todas las partes que forman el capital invertido. Es una deducción que podría abreviarse todavía más, expresándola en los términos tan toscos como simplistas en que la expresa Malthus: 'El capitalista espera el mismo beneficio de todas las partes del capital adelantado por él'.

«Así representada, como vástago del capital global desembolsado, la plusvalía reviste la forma transfigurada de la ganancia. Por tanto, una suma de valor constituye capital cuando se invierte para obtener una ganancia o, lo que es lo mismo, la ganancia se produce cuando una suma de valor se invierte como capital. Si llamamos a la ganancia g , tendremos que la fórmula $M = c + v + p = pc + p$ se convierte en la fórmula $M = pc + g$, lo que quiere decir que el valor de la mercancía = precio de costo + la ganancia.

«Por consiguiente, la ganancia, tal como aquí se nos presenta, es lo mismo que la plusvalía, aunque bajo una forma mixtificada, la cual responde, sin embargo, necesariamente, al régimen de producción capitalista. Como en la formación aparente del precio de costo no se manifiesta ninguna diferencia entre el capital constante y el variable, es natural que la raíz de la transformación del valor producida durante el proceso de

producción se desplace del capital variable al capital en su conjunto. Al aparecer el precio de la fuerza de trabajo, en uno de los polos, bajo la forma transfigurada del salario, la plusvalía aparece en el otro polo bajo la forma transfigurada de la ganancia»²⁵.

Así es. Para el capitalista, la decisión de invertir supone una opción por el sacrificio del consumo, a la vez que la asunción de un riesgo, sin diferencia apreciable cuando ello se hace en capital constante o en capital variable. Por ello difícil resultará la distinción entre ambos, a los ojos del capitalista, de los resultados del proceso productivo.

Afirmando de nuevo en este texto, que la ganancia o plusvalía, responde, necesariamente al régimen de producción capitalista. Cuando, sin presentar evidencia alguna que permita tal afirmación, es más cierto que el origen de la ganancia no está tan intrínsecamente ligado al sistema capitalista, como al sistema que pueda mantener márgenes diferenciales entre el mercado de los recursos y el mercado de los bienes. Otra cosa será la identificación del beneficiario, que en el sistema, de serlo en el sistema capitalista, sería el particular, en principio titular del capital, y que en los sistemas de planificación central, de ideología socialista marxista, sería el Estado y por mixtificación utópica, la propia colectividad.

Hemos, de todos modos, condicionado la titularidad del capital, por cuanto, como veremos seguidamente, cabe la percepción de ganancias, sin necesidad de titularidad de capital, combinando la figura del capitalista por la del empresario con unas funciones más propias en el campo económico, capaces de diferenciarse de las que corresponden al titular del capital.

En este sentido, cabría afirmar que en pureza de criterios, el capitalista, podría aspirar a la percepción de un interés por el capital arriesgado, el cual en el concepto marxista, no es otra cosa que una parte de la ganancia, cuando a efectos económicos, el interés es un coste de la producción bien esté ma-

25. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 53.

terializado, o bien tenga el carácter de coste implícito. «El interés..., aparece primitivamente, es primitivamente y sigue siendo en realidad, simplemente, una parte de la ganancia, es decir, de la plusvalía, que el capitalista en activo, industrial o comerciante que no invierte capital propio, sino capital prestado, tiene que abonar al propietario y prestamista de este capital. Si emplea capital propio, no se efectúa semejante reparto de la ganancia, pues ésta le pertenece íntegramente a él. En efecto, cuando los propietarios del capital lo emplean por sí mismos en el proceso de reproducción, no concurren a la determinación de la cuota de ganancia, y ya en esto se revela cómo la categoría del interés —imposible sin la determinación de un tipo de interés— es de por sí ajena al movimiento del capital industrial»²⁶.

Coste implícito para el que Marx llama capitalista activo, es decir, el que invierte y opera en el mundo de la producción, y coste o parte de la plusvalía para el capitalista pasivo, es decir, para el prestamista cuyo objetivo es la percepción de una remuneración por el dinero.

No importa demasiado que ello provenga de la ganancia, como que tenga carácter de coste, ya que en ambos casos viene a minorar la ganancia disponible del capitalista/empresario. Así sería, si como en «El Capital» considerásemos que la ganancia o plusvalía, es siempre positiva. Sin embargo, ante hipótesis en contrario, debemos de tener en cuenta que la cuantía del interés está determinada de forma exógena y por tanto no sometida a los resultados del proceso de producción. Por ello, es evidente que su configuración es la de coste cierto en el proceso productivo, con una entidad para el empresario semejante a la del capital constante o capital variable.

Para la economía del proceso, el interés no pasa de ser el precio por el uso del capital, y como tal es un precio en el mercado de recursos monetarios, tan vinculante para la producción, como pueda serlo el precio de las materias primas o del factor

26. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 355.

trabajo. Cualquier otra distinción resulta, en el campo económico, totalmente artificiosa.

EL EMPRESARIO Y LA ACCION EMPRESARIAL

En todo este entramado al que da lugar el proceso de generación de plusvalías, el hecho mismo de la explotación, el fenómeno de acumulación y reproducción en el sistema, etc., etc., aparece permanentemente una figura inconfundible en el análisis marxista, que es la personalidad del capitalista. El término aparece en cualquier página de «El Capital», sin embargo, es necesario poner de manifiesto que cuando Marx se refiere al capitalista, está funcionalmente haciendo referencia al empresario.

La errónea identificación entre uno y otro, conduce a confusiones y mezcolanza de conceptos que en nada colaboran a la adecuación de la teoría al mundo real.

El empresario, figura centro de la economía empresarial, no se identifica necesariamente con el titular del capital, ni siquiera con el administrador o administradores, gerentes, directores, etc., del mismo. Ya Juan Bta. Say vislumbraba un empresario sin capital encargándole de la concepción del negocio, montaje, instrumentación. No puede ser de otra forma esta distinción, cuando en la actualidad, ante la presencia de las grandes corporaciones, la titularidad del capital, además de permanecer alejada y diversificada de la marcha empresarial, sería casi imposible concebirla con una verdadera función, cual corresponde al empresario.

Tanto el empresario de Say, que con matices importantes se mantiene en la línea austríaca de Menger y sus seguidores, como el empresario innovador de J. A. Schumpeter, no precisan para desarrollar su función empresarial, ser titulares de capital. Por contra, el capital requerido para la acción empresarial es un recurso externo por el que el empresario o la empresa pagará un precio, de forma análoga a lo que ocurrirá con el resto de factores o recursos externos.

Algo de esto ocurre, aunque no con un ordenamiento tan metodológico como el de los anteriores, en la obra de Marx. Esta, también diferencia entre titulares y no titulares de capital, como a su vez distingue a los vigilantes y a los directores y gerentes.

¿Qué relación guardan todos estos seres, con el beneficio o ganancia del proceso?. En el volumen tercero de «El Capital», Marx amplía la posible fuente de ganancias. «Ahora bien, hemos visto que la cuota de ganancia, dentro del mismo proceso de producción, no depende solamente de la plusvalía, sino de muchos otros factores: de los precios de compra de los medios de producción, de métodos productivos superiores a los corrientes, de la economía del capital constante, etc.... Y, prescindiendo del precio de producción, dependerá de las coyunturas especiales y, en cada negocio concreto, de la astucia y el ingenio mayores o menores del capitalista, el que éste compre y venda por encima o por debajo del precio de producción y el margen con que lo haga; es decir, el que se apropie dentro del proceso de circulación una parte mayor o menor de la plusvalía total»²⁷. En este texto, nos encontramos con beneficios derivados de la gestión pero también «de la astucia y el ingenio», notas diferenciadoras del empresario, no necesariamente del capitalista.

Cabría en este sentido afirmar que el empresario lo es por la función que desarrolla, mientras que capitalista se es, en cuanto que titular de capital. El ingenio, de alguna forma se manifiesta, en lenguaje de Kirzner, por la «capacidad de percibir». Capacidad que se tiene o no, por las mismas razones que se tiene o no sentido musical, sensibilidad para el arte, etc.

Así visto, el empresario es el hombre capaz de detectar la posibilidad de percepción de beneficios, no necesariamente a través del concepto marxista de explotación. Su información, pero más que ésta, la lectura personal de la información le permite trazar una línea de «acción empresarial» que, en sus pre-

27. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 358.

tensiones, le conducirá a los beneficios. De hecho, sólo cabe la «acción», cuando el actor pretende pasar de una posición a otra, que por definición juzgará más atractiva ²⁸.

Nada tiene que ver este empresario, con el concepto de dirección que en múltiples ocasiones se le asigna. La función de dirección surge, como la coordinación, de una necesidad; necesidad impuesta por la división del trabajo. «La división del trabajo en la manufactura supone la autoridad incondicional del capitalista sobre hombres que son otros tantos miembros de un mecanismo global de su propiedad; la división social del trabajo enfrenta a productores independientes de mercancías que no reconocen más autoridad que la de la concurrencia, la coacción que ejerce sobre ellos la presión de sus mutuos intereses, del mismo modo que en el reino animal el bellum omnium contra omnes se encarga de asegurar más o menos íntegramente las condiciones de vida de todas las especies. Por eso la misma conciencia burguesa, que festeja la división manufacturera del trabajo, la anexión de por vida del obrero a faenas de detalle y la supeditación incondicional de estos obreros parcelados al capital como una organización del trabajo que incrementa la fuerza productiva de éste, denuncia con igual clamor todo lo que suponga una reglamentación y fiscalización consciente de la sociedad en el proceso social de producción como si se tratase de una usurpación de los derechos inviolables de propiedad, libertad y libérrima 'genialidad' del capitalista individual» ²⁹.

Pero pese a la dureza del texto, tampoco se requiere ser capitalista para ser director. Es más, toda la moderna línea de pensamiento que ha desarrollado la idea de la tecnoestructura (J. K. Galbraith entre otros), ha basado sus hipótesis en un enfrentamiento entre los objetivos del capital y los propios de la dirección. Se ha puesto de relieve el posible antagonismo entre unos y otros.

28. Ver L. VON MISES: "La Acción Humana. Tratado de Economía". Unión Editorial, Madrid, 1980.

29. K. MARX: Op. Cit., Vol. I, pág. 290.

La complejidad de la función empresarial en nuestros días es tan grande que precisa de técnicas y conocimientos del mundo empresarial, que dominados por una nueva clase (la tecnocracia), hará prevalecer sus propósitos sobre los marcados por el capital. Ambos tendrán que vivir en un difícil equilibrio, ya que si bien el capital tiene la facultad de cesar a los directores, precisa de directores para llevar la empresa a buen término. Estos últimos, si bien pueden administrar según sus criterios, deberán mirar al capital para mantenerlos en una zona de tranquilidad que les permita administrar.

Es evidente que históricamente y también en la actualidad, con frecuencia han coincidido las figuras del director, administrador o gerente, con la del capitalista. Sin embargo esto no debe perturbar la imagen para una doble función que puede presentarse en ese campo. De un lado la función de dirección propia de la necesidad del sistema que brota en el mismo por una obligación de coordinación de las fuerzas y recursos productivos. De otro, la que sin aquella necesidad pueda surgir a instancias del capital para vigilar los intereses que le son propios. Esta distinción, que es más teórica que práctica, viene a fundirse en un solo objeto, solo contestado por esa nueva línea de la tecnoestructura, que a su vez actúa en un tercer plano, en un intento de proteger sus intereses personales.

Este antagonismo, no llegó a contemplarse como posible en la teoría marxista, que vio al gerente, director o administrador, como un representante del capital, pagado por aquél para desarrollar en su interés el proceso de explotación de la clase obrera: «El trabajo de alta vigilancia y dirección responde a una necesidad en todas aquellas ramas en que el proceso directo de producción adopta la forma de un proceso socialmente combinado y no la de un trabajo aislado de los productores independientes. Y tienen un doble carácter.

«De un lado, en todos aquellos trabajos en los que cooperan muchos individuos la cohesión y la unidad del proceso se personifican necesariamente en una voluntad de mando y en funciones que no afectan a los trabajos parciales, sino a la actividad total del taller, como ocurre con el director de una or-

questa. Es éste un trabajo productivo cuya necesidad se plantea en todo régimen combinado de producción.

«De otro lado —aun prescindiendo en absoluto del departamento comercial—, este trabajo de alta vigilancia se presenta necesariamente en todos aquellos sistemas de producción basados en el antagonismo entre el obrero como productor directo y el propietario de los medios de producción. Cuanto mayor es este antagonismo, mayor es también la importancia que desempeña el trabajo de alta vigilancia»³⁰.

En el volumen tercero de «El Capital», y con independencia de lo dicho con anterioridad, Marx denuncia esa separación entre capital y dirección, que antes había hecho confluir, como una argucia y comodidad del capital en todo el proceso de producción capitalista.

Así, comienza a diferenciarse por el propio Marx la doble función del capitalista, cuando además ejerce una función empresarial. En este sentido distingue al capitalista activo, es decir el que ejerce tareas empresariales, del simple propietario del capital. En el segundo caso aspira a ser remunerado por medio de un interés por el uso que se hace de su capital; en el primero tendría acceso a la ganancia que le corresponde en cuanto que encargado de ordenar la producción hacia aquel beneficio.

Hacia este último, la tesis marxista desemboca en cierta comprensión. «El capitalista industrial, como un personaje distinto del propietario del capital, no aparece, por tanto, como capital en acción, sino como funcionario, aun independientemente del capital, como simple exponente del proceso de trabajo en general, como obrero y, concretamente, como el obrero asalariado»³¹. Incomprensible, porque el capitalista industrial, es decir, el empresario carente de capital, no espera percibir un salario, pues para ello sería asalariado, sino que su recompensa será el beneficio, la ganancia. De ésta sólo una

30. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 367.

31. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 365.

parte, en el más puro marxismo, va a manos del capitalista (en este caso titular del capital) en forma de interés.

Así unos pasajes más adelante afirma Marx que el salario que percibe este capitalista es un salario de explotación. En este caso no debería de figurar como salario, sino como plusvalía que retiene para sí, el capitalista industrial, pero que en nada se distingue de la plusvalía percibida por el capitalista del volumen primero del capital, artifice de la explotación de la clase obrera. «Frente al capitalista dueño del dinero, el capitalista industrial es un obrero, pero un obrero capitalista, es decir, explotador de trabajo ajeno. El salario que reclama y percibe por este trabajo equivale exactamente a la cantidad de trabajo ajeno que se apropia, y depende directamente siempre y cuando que se someta al necesario esfuerzo de la explotación, del grado de explotación de este trabajo y no del grado del esfuerzo que la explotación le impone y que puede echar sobre los hombros de un director a cambio de una moderada remuneración»³².

Pese a todas las alteraciones metodológicas, confusiones en los términos y mezclas de conceptos, del volumen tercero de «El Capital» se desprende con nitidez, además de una función de dirección, la dualidad capitalista/empresario.

No se puede decir sin embargo que se desarrolle una teoría empresarial, ni siquiera una visión de la participación del riesgo en la misma. Pero sí queda claro sin embargo, los dos tipos de remuneraciones, la del capital como interés, y la de la actividad empresarial como ganancia pura. Ello con independencia de que ambos conceptos se engloben dentro del ámbito más genérico de ganancia. «Aquí, partimos del supuesto de que el capitalista activo no es el propietario del capital. La propiedad sobre el capital se halla personificada frente a él por el prestamista, por el capitalista de dinero. Por consiguiente, el interés que paga a éste representa la parte de la ganancia bruta que corresponde al propietario del capital en cuanto tal. Y,

32. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 370.

por oposición a esto, la parte de la ganancia que corresponde al capitalista activo aparece ahora como la ganancia del empresario, la cual surge exclusivamente de las operaciones o funciones que realiza en el proceso de reproducción con ese capital y específicamente, por tanto, de las funciones que efectúa como empresario en la industria o en el comercio»³³.

Esta labor empresarial, no se limita al desarrollo de las funciones de producción, sino que tienen mayor trascendencia en la propia concepción, en aquella «astucia e ingenio» de que hablaba el texto marxista. Esa visión, equivalente a la capacidad de percibir, es la que en realidad califica al empresario como tal. Ese empresario, que contemplado en estos términos, desprovisto de capital, tampoco asume riesgos distintos a los del buen nombre personal en los negocios.

El riesgo pues, no sería, como se ha dicho, una nota esencial del empresario. El riesgo lo toma el capitalista, que al confiar en el empresario, presta su capital para el desenvolvimiento de la actividad empresarial. El éxito de esta actividad, en un mercado que permanece prácticamente al margen del análisis marxista, permitirá retribuir con un interés al capitalista y en su momento reintegrarle su préstamo. Proporciona al mismo tiempo una ganancia para el empresario ingenioso que ha sabido comenzar una actividad en un campo en el que los ingresos van a ser superiores a los costes. Si el empresario fracasa, no podrá percibir los beneficios, pero nada perderá; cuando es capitalista, tampoco percibirá los intereses y además perderá el capital que en su momento había prestado.

Y finalmente, esa ganancia que servirá de soporte como compensación y retribución de unas funciones, tendrá su origen en una serie de concausas, que el propio Marx cita, y no sólo como un producto de la explotación representado por un flujo de plusvalías.

Así perfilado el escenario, con unas ganancias tendentes a desaparecer a largo plazo, unos usos cambiantes en cuanto a

33. K. MARX: Op. Cit., Vol. III, pág. 358.

la valoración de la fuerza de trabajo, unas influencias sociales y jurídicas en las jornadas de trabajo, un ejército de reserva que cuantitativamente se ve muy sesgado, y otras circunstancias semejantes, no es extraño situarnos, un siglo después de la muerte de Karl Marx, en un mundo más equilibrado, donde el antagonismo entre capital y trabajo dista mucho de ser el que se contempla en el pensamiento marxista, y donde la propia lectura de la obra de Marx, siendo muy ilustrativa en su contenido y reflexiones, nos sitúa en realidades incomprensibles, sin un esfuerzo relevante, respecto al mundo económico de las vivencias presentes.

JOSE T. RAGA ¹